

LAS ÉTUDES SUR LA POÉSIE LATINE TARDIVE D'AUSONE  
A PRUDENCE DE J. FONTAINE Y SU POSTURA  
UNIFICADORA

Prof. J. Fontaine's work along fifteen years (1964-1980), assembled into one publication, offers occasion to examine this support for his belief in the continuity between classical and christian Latin poetry and Literature in general. A few criticism is furnished to some formal points and to theoretical ones.

Recientemente (28-X-1985), el Curso de Lexicografía griega y latina del Instituto de Filología del C. S. I. C. me ha brindado ocasión de apoyar en la postura del Prof. Fontaine la extensión cronológica del *Diccionario latino* en vías de publicación por dicho Instituto: frente a la frontera de finales del s. II d. C. —con exclusión, por tanto, de todos los autores latinocristianos—, marcada por el flamante *Oxford Latin Dictionary* (innovador, en este sentido, del diccionario de Lewis & Short que viene a substituir dentro de las publicaciones de aquella prestigiosa Universidad), la obra española continúa la tradición española que hacía caso omiso de dicha frontera y, según el modelo del *Thesaurus linguae Latinae*, se pone como hito final a S. Isidoro.

Es cierto, sin embargo, que, entre dicha Lexicografía tradicional (y aun la aparición del primer fascículo del *Thesaurus* en el mismo comienzo del presente siglo) y este su último cuarto media todo el gran progreso en el conocimiento de la *Latinitas Christianorum primaeva* que supone la escuela de Nimega y todos los demás eruditos que, en pos de Msr. Schrijnen, han pleiteado por el reconocimiento del latín de los cristianos como lengua peculiar. Incluso con los paliativos aportados por la gran figura de Cristina Mohrmann, las rectificaciones de A. Blaise, etc., hay que reconocer que la separación oxoniense tendría justificación lingüística si no fuese por la demostración brillantemente obtenida y largamente sostenida por J. Fontaine de que no llegó a haber

solución de continuidad en lo temporal: una gran parte de los autores cristianos de primera fila entre los primitivos —también entre los griegos: recuérdese la polémica de S. Basilio sobre la prohibición juliánea de enseñanza de los clásicos en ambientes cristianos— bebieron su formación literaria en los también grandes escritores paganos.

La publicación de estas *Études* con que Fontaine recapitula, a modo de alto en el camino, su demostración «andando», esto es, mediante paralelos y herencias en la Literatura cristiana de primeras figuras en la latinidad clásica ofrece oportunidad de contemplación panorámica de sus argumentos y de una reflexión en profundidad sobre ellos. A estas contemplación y reflexión se ordenan las presentes páginas.

Los progresos de la reproducción fotomecánica han permitido reunir 18 trabajos del Prof. Fontaine, aparecidos en muy variadas publicaciones entre 1964 y 1980, en un solo volumen, con gran provecho de los estudiosos de Literatura cristiana, sobre cuyos autores —especialmente, Prudencio— versa la parte más extensa del conjunto (los paganos atendidos son pocos: entre ellos, uno no poeta, Amiano —como tampoco son poetas, entre los cristianos, Arnobio e Hidacio—), y de los de la Antigüedad tardía en general, no meramente la literaria, en múltiples aspectos de la vida y cultura de la época que reza el título, que podía haberse ampliado, pues, de «poésie» a «culture». Muy útil puede ser al lector, ante las frecuentes remisiones a otros trabajos, hallarse con la grata realidad de que los tiene prácticamente en la mano<sup>1</sup>. Pero no es ésta la mayor ventaja de la recopilación, sino la de que permite hacerse cargo, con pruebas al canto en un abanico vario de contenido y amplio de panorámica, de las ideas fundamentalmente renovadoras de Fontaine. Cuán lejos de la verdad anduvo una partición estanca

<sup>1</sup> Una actualización de estas referencias en la propia publicación o, al menos, una tabla de las interconexiones (especialmente cuando se dan sin discriminación las alusiones a escritos exteriores y a otros ahora reunidos, como ocurre, p. ej., en pp. 337, 340, 344, 350 y 495 —a propósito de algunas referencias que sí se hacen a la disposición actual de la obra, entiéndase en la n. 18 de p. 137 que *infra* sólo afecta al estudio n.º 5, y en la n. 37 de p. 141 que el n.º 3 no se halla *infra*, sino *sup.*—) habría sido probablemente agradecida por más de uno, como se agradece la paginación continua de la serie entera. Tanto mejor, si la actualización hubiera llegado más a fondo, rebasando el plano de la revisión —donde pudo evitar que se imprimiera todavía, en p. 325, una remisión a p. 000, típica de pruebas no compaginadas; o permitir que se unificaran cómodamente todas las notas en pie de página, en vez de mantener en final de «capítulo» las que estuvieron en final de trabajo— y, llegando al de la organización, hubiese impedido, mediante las llamadas oportunas, repeticiones (p. ej., entre pp. 131 y 146), a veces múltiples: así, el apóstrofe de S. Jerónimo, *Epist.* XXII 29, 7 *Quid facit Horatius cum psalterio... cum apostolo Cicero?* llega a leerse —con alguna variación en el orden de palabras— en p. 165 por cuarta vez; cf. en p. 215 también repetida la cita de Peter Brown, y en pp. 85 y 138, nn. 4 y 22, respectivamente, la de M.-Th. Coqueray sobre S. Ambrosio.

entre profanos y cristianos en los comienzos de la Literatura de éstos en latín, se puede poco menos que palpar, a modo de «y a mayor abundamiento», a base de las numerosas afinidades que Fontaine ha sabido revelar a lo largo de su atención a los grandes poetas cristianos, S. Ambrosio, Prudencio, S. Paulino. La gestación de una nueva gran lírica coral en lengua latina —probablemente, la mayor aportación de la nueva religión a la Literatura romana— queda enmarcada, gracias a la meticolosa investigación del autor, en un conjunto de vinculaciones con los géneros que la habían precedido en la Literatura «nacional», pese a que casi había carecido de tal lírica en sus períodos áureo y argénteo. Pero que, merced a «L'esthétique tardive du mélange des genres» (1.<sup>a</sup> parte de la obra<sup>2</sup>), pudo proporcionar, desde otros géneros —lírica monódica, epopeya, didáctica, narrativa en general—, esas «Racines de poésie latine chrétienne» (2.<sup>a</sup> parte), que prendieron en unas circunstancias sociológicas más bien favorables (3.<sup>a</sup> parte) hasta poder ostentar, en el máximo cultivador del género (y de otros), el polifacético Prudencio, una capacidad plurihabilitosa para poetizar lo terreno y lo celeste (4.<sup>a</sup> parte<sup>3</sup>). En dos valiosas contribuciones, un Prólogo (nuevo, para esta edición conjunta) y un Epílogo (constituido por un trabajo ya precedente), el autor ha razonado esta distribución y, sobre todo, ha aportado una exposición muy notable de su metodología<sup>4</sup>. Puntos importantes de ésta son, por un lado, una de las actitudes personalmente más innovadoras y sostenidas del Prof. Fontaine: el reconocimiento de una notoria continuidad formal entre latinidad y cristianismo occidental, sin mengua de la novedad de la doctrina, diferenciando el «message» de sus «langages» (cf. el notable pasaje de p. 67 y, especialmente, su polémica y acertada nota 1). Bastarían los importantes paralelos virgilianos, matizados, detallistas, señalados en p. 172 ss. para corroborarlo cumplidamente<sup>5</sup>. Ello enlaza, por otro lado, con su aspiración a

<sup>2</sup> Quizás un tanto forzada con respecto a alguno de los poetas: p. ej., en Prudencio —nada menos— hay géneros que todavía se distinguen entre sí bastante.

<sup>3</sup> Una de las que resultan mejor estructuradas como tal parte; en alguna de las restantes, la ligazón podría parecer, tal vez, algo impuesta o, en ocasiones, redundante, dada la tendencia ya de no pocos títulos de los trabajos a la agrupación de 3 ó 4 escritores estudiados con referencia a un aspecto concreto.

<sup>4</sup> Sobre todo, si se juzga a través de la autocritica que supone su actual 2.<sup>o</sup> capítulo, reconocido explícitamente como una reflexión metodológica acerca de la posible índole de su proceder, temáticamente disperso, pero paradójicamente unitario. Importantes a este mismo respecto metodológico resultan las observaciones de los coloquiantes en la Fondation Hardt, donde se había expuesto dicho estudio: Herzog, Fuhrmann, Schmidt, Duval.

<sup>5</sup> Ciertamente que esto mismo hubiera podido impedir al autor ir en pos de quienes, por la orilla opuesta, imbrican en exceso también los contenidos. Así, si resulta sostenible la relación (p. 322) entre el culto de los mártires y el de los antiguos

contemplar el objeto desde todas las perspectivas posibles, muy prioritariamente, ya que se trata de un objeto artístico, como es el literario, encuadrándolo en las coordenadas de las demás artes de la época: las plásticas —en cuya historia en este período Fontaine es también maestro— y, en el presente caso, la música.

Excelente ejemplo de aquella aplicación (mejor que lo que el autor le atribuye en la p. VI de su Prólogo) es el cap. 16, sobre la peregrinación de Prudencio al Vaticano<sup>6</sup>. Y, recíprocamente, el 12, sobre el dístico grabado en torno a un gran crismón en la pieza marmórea de Quiroga (Lugo), aclarado, por fin, después de los intentos de tantos que habíamos aplicado a ello nuestra buena voluntad<sup>7</sup>. Desde este lugar será oportuno destacar cuánta atención resulta haber en el conjunto del libro —y no sólo por la ya indicada porción mayoritaria dedicada a Prudencio en solitario o en bloque con otros escritores— a nuestra historia paleocristiana: los especialistas en este campo difícilmente podrán prescindir de las profundas aportaciones de esta obra<sup>8</sup>.

---

*genii locorum protectores*, ya no parece tan objetiva la sugerencia de que su intercesión haya tenido que ver con el patronazgo de funcionarios ante el emperador (p. 291).

<sup>6</sup> Valiosa, por cierto, su corroboración de *frondem* —preferido ya por Arévalo— frente a *fontem* en Prud., *Perist.* 12, 35, con base ahora en el propio *Dittochaeon prudenciano* (pp. 469-470).

<sup>7</sup> Léase en la l. 2 de p. 367 «pentamètre» en vez de «hexamètre».

<sup>8</sup> Atención muy de agradecer y que, seguramente, hará pasar por alto algunas propuestas poco compartibles. Tal, designar (p. 327) como «insurrección» la guerra de la independencia (menos mal que contra la «invasión» napoleónica). O los tanteos de acercamiento (pp. 305, 320 y 326) a *Hispanos Deus aspicit benignus* (Prud., *Perist.* 5, 4) sin alcanzar a la interpretación, sólo *difficilior* para quien no sintonice con Prudencio (¡claro que paradójica también, pero esto no puede extrañar precisamente a F.!), de que esta benignidad especial estribe precisamente en haber permitido que Hispania haya sido suelo de numerosos mártires. O el compromiso en la datación de la cristianización de los vascones (p. 326), retrasada, de arranque, hasta el s. XI, si bien matizando inmediatamente con un sensato «du moins dans les montagnes» —acierto que se alinea, en esta cuestión, junto a los del señalamiento de la concomitancia entre Sulp. Sev., *Dial.* I 14, 6 *cui sapit omne quod brutum est* y Prud., *Cathem.* 11, 88 *sapiatque* [impreso aquí *piatque*] *quod brutum fuit*, y la rectificación a Blázquez en la interpretación de Prud., *Perist.* 1, 95: no sangre de sacrificios vascones, sino de los mártires calagurritanos inmolados en nombre de Roma por el perseguidor (p. 325)—. O, en fin, alguna omisión, como la del testimonio del presbítero Eutropio (*De similitudine carnis peccati* —*Patr. Lat. suppl.* I, col. 529—) de la catequesis ejercida por la devota Cerasia sobre sus «bárbaros» asalariados, entre los casos de proselitismo de propietarios sobre su servidumbre, de p. 243, máxime cuando en p. 295, n. 69 se ocupa ampliamente del ya célebre pasaje. (En aras de esa celebridad, permítaseme apuntar que *qui* [sc. *barbari*] *mortem putant idola non uidere* más bien que «qui croient mourir quand ils ne voient pas leurs idoles» sea «que creen que sus ídolos no ven la muerte», e. e., «son inmortales».)

Naturalmente, la presentación conjunta no produce sólo provecho en cuanto a la estructuración de las líneas maestras apuntadas por el autor y glosadas más arriba. Son también numerosos los detalles que, gracias a la yuxtaposición de enfoques desde distintos puntos de mira, resultan destacados<sup>9</sup>.

Quedan fuera del presente propósito de reflexión los aspectos históricos de la obra probablemente no compartibles por quienes no coincidan con la postura adoptada por el Prof. Fontaine entre los historiadores del Cristianismo<sup>10</sup>. Ciñéndose, pues, a materia más apropiada,

<sup>9</sup> Así, p. ej., la insistencia en la mayor probabilidad de una datación «haute» para Comodiano (p. 36, n. 1), reforzada con autorizadas opiniones ajenas y precisada (s. III, p. 16 n. 27; incluso, mitad de dicho siglo, p. 131); el razonamiento de por qué en la literatura latina la prosa fue anterior al verso (pp. 131-132); la neta desautorización de los intentos recientes de galaicizar el priscilianismo —incluso advirtiendo lúcidamente la doble vitalidad cronológica de la secta (pp. 298-299—, mediante la amical admonición del escarmiento habido en las tentativas paralelas de enraizar el donatismo en creencias locales anteriores a la romanización (F., caritativo con los vivientes, no llega a la menor insinuación del carácter independentista que late en el origen de aquellos intentos, según asoma ya en el título en varios de los trabajos así desviados que cita en la n. 79 de p. 299; él guarda, al parecer, sus reproches para S. Jerónimo —«avec sa violence et sa mauvaise foi coutumières [destaco yo, naturalmente], Jérôme a attaqué...», en p. 304— o Prudencio, tarado de «'schizophrénie' de la conscience morale» por su admisión de la guerra justa, en la n. 63 de la p. 361); la matización, con sordina, del «système excessif» con que Kl. Thraede había enmarcado la visión cristiana de la mujer (p. 440; si bien todo el capítulo de F. puede dar la impresión también de necesitar una cierta rebaja en su tono retórico).

<sup>10</sup> Valgan, pues, unas escuetas referencias a los fundamentos filológicos en que aquéllos se basan. Ciertamente que (p. VI) los evangelistas llaman *σημεῖα* a los milagros de Jesús; pero el sentido de 'prodigio' lo adscribe ya al término un diccionario usual, como es el de Bailly, s. II. *σημεῖον* desde cinco siglos antes de los evangelios y sin relación alguna con un Absoluto del que sean señales. Existen en la Biblia recomendaciones contra la violencia; pero ni siquiera el severo Bautista aparece sugiriendo a los soldados que abandonen su oficio, sino solamente que no se aprovechen de él para vejar ni denunciar en falso a nadie, contentándose con su soldada; tres centuriones, por lo menos, son elogiados por su fe: el de Cafarnaúm, de labios del propio Jesús; el de la crucifixión, que le confiesa hijo de dios (Hijo de Dios para las comunidades cristianas primitivas que, con el nombre de Longinos, le creyeron prácticamente un santo, a juzgar por las leyendas que sobre él llegaron a propagarse) y Cornelio, protobautizado entre los gentiles. La aversión a la milicia bajo emperadores pudo deberse a que entre ellos se contaron perseguidores de la nueva religión. Los «quatre textes fondamentaux» virgilianos aducidos en la n. 41 de p. 350 son innegablemente antibélicos, pero en ellos la impiedad de la guerra no viene señalada por mero antimilitarismo, sino —¡como advierte el propio autor!— por tratarse de (o aludir a) contiendas civiles los tres primeros y de una de Latino contra Eneas en el cuarto. ¿Cuántos pasajes podrían citarse en sentido contrario? Más: ¿no es un acto fundamental del *pius* Eneas su beligerancia frente a Turno (¡y a sus ayudas divinas!) para cumplir su misión, divina también? Por ello, la supuesta existencia de esa «tradition antique» pacifista, «ravivée à chaque génération par la lecture et l'explication des poèmes virgiliens» debería demostrarse, en vista de que justamente a Virgilio le salieron notorios imitadores dispuestos a

cabe preguntarse si no habrá que rebajar algo el aserto de p. 8: «Virgile et Horace ont commencé par être, et demeurent jusqu'en cet équilibre de maturité que nous avons pris l'habitude d'appeler leur 'classicisme', des Alexandrins formés à une esthétique plus baroque que classique». Valga la formación en el alejandrismo; pero ¿dónde la persistencia del barroquismo en la madurez? O ¿es que también los imitados Homero, Safo, Alceo, Arquíloco, eran barrocos? Entonces ¿quién fue clásico? Otra serie de cuestiones planteables derivan de haber intentado fundar en la poética jakobsoniana —modélicamente incorporada, p. ej., en p. 108; en cambio, excesivamente extendida a «toute communication verbale» (p. 93) ¡cuando no sólo la función poética, sino cada una de las seis puede aparecer aislada!— el razonamiento de la evolución histórica de la literatura estudiada, sin por ello renunciar al mantenimiento de ideas, ya ciceronianas (mención explícita en p. 90), que identificaban poesía con versificación (cf. pp. 94 y 96-97). Así puede llegarse, estribando en la paradójica admisión de Perret de unas «irrégularités régulières» en Comodiano, a la ortopédica sugerencia de que el verso ambrosiano sea la recuantitativización culta de un esquema popular producto de la acentuación e isosilabismo del dímetro yámbico cuantitativo. (Pero ya Norberg había explicado satisfactoriamente, por vía directa y no con vaivén, la derivación del verso de la himnodia ambrosiana desde la absolutamente mayoritaria estructura homodínica y silabista que la métrica yámbica había adquirido ya en algo tan clásico como los epodos de Horacio.) O a la arriesgada proporción, pretendidamente derivada de Quintiliano I 8, 22, μέλος : canto :: ῥυθμός : medida :: melodía : metro, distintos todos ellos de la *resultatio* o ritmo definido como «rétour d'éléments réguliers», ya no melodía ni metro. Pero ¿y si un metro se repite a esos intervalos? Que, por esta vía, se llegue a poder admitir, con Shelly, que «la distinción entre poetas y prosistas es un error vulgar» (p. 124, n. 59), tal vez no justifica el esfuerzo de un estudio de 47 páginas para demostrar que hay influencia de prosa en la poesía de S. Ambrosio.

Alguna vez el propio autor se ha dado buena prisa en mitigar alguna de sus opiniones discutibles, de acuerdo con su humilde evocación —tan valiosa en una personalidad como la suya— de que *non omnia possumus omnes*, que hace figurar en su ya elogiado Prólogo actual. Así, que

---

seguir cantando otras campañas: Valerio, Silio, Estacio... Concluir (p. 355) a partir de la hipótesis antimilitarista de la no violencia unos resultados de cambio o división en la moral cristiana —recuérdese la mencionada «schizophrénie» de Prudencio— puede parecer petición de principio, sobre todo existiendo la posibilidad de explicación por aversión a los perseguidores, recién citada también.

*laetificantes corda* constituya un octosílabo queda paliado admitiendo (p. 137) que varios de estos cuartos de versículo, con sus 7 a 9 sílabas, se aproximan al dímetro ambrosiano de 8 sílabas<sup>11</sup>.

Ya al margen de la versificación, quizás valga la pena sugerir si no pudo ser un cruce con *cara deum suboles* de la IV *Bucólica* virgiliana, v. 49, lo que influyera en *kara progenies* de S. Hilario, I 37, frente al *clara progenies* mayoritario en la transmisión de Verg., *Aen.* V 564, máxime cuando la influencia de aquella composición (v. 7: *noua progenies*) es señalada por el propio autor (p. 66). O si no hay que contar como también influido por Verg., *Aen.* VI 223, el *triste ministerium* del párrafo de Ennodio que se comenta en la n. 9 de p. 201.

Al término de una lectura todo lo reflexiva, pues, de que soy capaz, aun el conjunto de las discrepancias no rebasa el tamaño de menudencias insignificantes ante el despliegue de erudición, de fina sensibilidad, de prudente sensatez que acumulan esas más de 500 apretadas páginas de sólida y penetrante investigación a lo largo de quince años. Para la firmeza de la postura objeto del presente examen, el libro constituye la visión «en mosaico» de unos detalles que la corroboran a modo de sillares fundamentales. Ya no se trata, pues, en adelante, de una posición teórica a partir de un punto de vista que ha permitido cambiar el enfoque: el autor del cambio ha conseguido probar que la serie de imágenes que, enfocando así, se obtienen es lo que corresponde a la realidad.

SEBASTIÁN MARINER BIGORRA

<sup>11</sup> Pero quedan por hacer sugerencias en el sentido de que, p. ej., el octosílabo español no deriva del dímetro yámbico (p. 127), sino de los hemistiquios del septenario trocaico. O que *focos cruore restinguam* no necesariamente es un yámbico falto de yambo final, pues éste sería lo que, como mucho, podría hacerlo reconocer como tal yámbico. O que no es un «distique élégiaque» (p. 319 n. 27) el distico arquiloquio que cita de Prud., *Perist.* 12: *Háec didicisse sat ést Romáe tibi: tú domúm reuérsus / diém biféstum síc colás meménto.*